

chazarlas..., habituarse a buscar los que es verdadero, y no rendirse al apasionamiento deslumbrado y egregio..., saber demorar la adhesión de la mente mientras se examina si tiene fundamentos o no los tiene.

Sin emplear el pedante vocabulario parlanchinesco, sus frases son todas de una sabiduría, que es imposible que al escucharlas o leerlas alguna vez, no se le graben a uno en la memoria, como talladas en roca virgen.

“Tan desatinado es el torpe alarde de no someterse a nada ni a nadie como la miserable simpleza de rendirse a todo y de creerle a todos”.

Una preocupación de Monseñor Castro Silva ha sido siempre la presentación decorosa y elegante del Colegio. “Restauró el claustro y lo ensanchó, lo primero para hacerlo más auténtico, más fiel a su expresión a una idea selecta y lo segundo para acrecentar el molde patricio, forjador de nuevas generaciones...”

El Colegio del Rosario ha tenido el privilegio, en su milagrosa estabilidad, de escuchar en casi un siglo los dos oradores sagrados y académicos de los tiempos y ambos han sido sus rectores. El uno denso y sobrio, el otro brillante y fino, pero ambos se han confundido con la INSTITUCION procerca, nutriéndose con ella y ella con su egregia estirpe intelectual, agradeciéndose así mutuamente”.

Pero hoy la potente y sabia voz del gran orador que hacía retumbar los recintos sagrados y académicos y que absorbía totalmente la atención de su auditorio, se ha menguado; las energías de ese joven sacerdote que hace 34 años tomara en sus manos la dirección de este Colegio Mayor, las han disminuído. Y digo “ha menguado” y “han disminuído” porque solamente, y en virtud de su grandeza, han pasado a formar parte de hombres que con su voz se han convertido en paladines de la libertad y dignidad humanas, y con sus fuerzas dirigieron, dirigen y dirigirán los intereses políticos y económicos de la Nación Colombiana.

Presentamos hoy en el “ROSARISTA” estas rústicas líneas sobre Monseñor José Vicente Castro Silva, como una muestra de cariño y reverencia a su persona; sin pretender levantar un monumento (que bien se lo merece, pero que es una tarea superior a nuestra capacidad), al muy Ilustre Señor Rector de este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Los monumentos no se hacen de arcilla sino de duro bronce.

UN INSIGNE HUMANISTA Y MAESTRO

(Tomado de la Revista “Nuevo Boyacá”)

Para NUEVO BOYACA y especialmente para su director, el fallecimiento de Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA constituye motivo de honda pena y de sincera congoja.

Discípulos de él —beneficiarios inmediatos de su sabiduría de maestro en la cátedra y su honrosa amistad en frecuentes diálogos— pudimos apreciar de cerca sus excelsas virtudes y las excepcionales calidades de su eminente talento.

Maestro de juventudes, erudito en las más variadas ciencias, insigne humanista, egregio orador sagrado, fue la suya una vida realmente ilustre.

Su meritísima existencia deja una huella imborrable en la República. Enaltecíó las letras colombianas con su docta pluma de escritor denso y profundo, con hermoso estilo, y fue paradigma insuperable de orador sagrado, el más grande que haya conocido el país desde Monseñor Carrasquilla y Cortés Lee.

Con su dolorosa desaparición que enlutó a la cultura colombiana, perdió el país uno de los mayores valores espirituales de su historia. En particular, para aquellos colombianos de varias generaciones que tuvimos el privilegio de ser discípulos suyos, la muerte del Rector magnífico del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, constituye pérdida irreparable. Siempre tendremos de él la memoria del más ilustre personaje que hayamos conocido en nuestra juventud.

En el sepelio de Monseñor Castro Silva —impresionante demostración de duelo colectivo— distinguidos colombianos hicieron su elogio póstumo; entre ellos el maestro Darío Echandía, quién dijo, entre otras cosas: “Sacerdote católico, humanista esclarecido, maestro ejemplar. Esta última egregia calidad es la que da a su figura un carácter más neto y penetrante, un sello más peculiar y diferenciado. El nombre y la obra de maestro, son los que han llevado sus alabanzas dondequiera y producido este movimiento espontáneo de duelo nacional.

"La vida de Monseñor Castro Silva, en lo que tuvo de brillante, fecundo y significativo, se encontró ligada íntimamente a la vida y a la acción del Colegio del Rosario. Consideraba esta fábrica de la inteligencia como símbolo y apretado resumen de la entera epopeya de la nación colombiana.

"Fue llamado a suceder en su rectoría a uno de los más señeros espíritus que haya decorado estos claustros venerados, Monseñor Rafael María Carrasquilla, restaurador de la creación secular del Arzobispo Cristóbal de Torres, ejemplar sobresaliente de sabiduría y elocuencia, servidor infatigable y abnegado de las juvenudes amantes del saber, en quien se cumplió fielmente la sentencia evangélica: "El que quiera colocarse por encima de los demás que se dedique a servirles".

Sensible, como el que más, a las inquietantes contradicciones de su tiempo, los principios superiores que dirigieron su intelecto y ordenaron su pensamiento, le permitieron orientarse seguramente y mantuvieron incólume la claridad de su visión del mundo, la confianza en el progreso espiritual y material del hombre, y la firme voluntad, decidida y operante de servir a la justicia y a la libertad".

"Esto dio a su inteligencia, asentada sólidamente sobre convicciones discursivas, una luminosa y acogedora amplitud de criterio que le permitió recibir, para asimilarlas y armonizarlas, todas las concepciones que la investigación científica de nuestro tiempo ha venido aportando copiosamente al acervo del patrimonio espiritual del hombre. Esta singular capacidad que poseyó, en grado eminente Monseñor Castro Silva para captar los novísimos avances de las ciencias, para variarlos dentro de los moldes sobre que reposaban aquellas tradiciones—formas esenciales de una cultura milenaria— hizo de este pensador lúcido y preclaro maestro, como un símbolo de la revolución que en nuestro tiempo parece haber modificado sustancialmente el ritmo progresivo del pensamiento humano".

UN COLOMBIANO ILUSTRE

Por el doctor **José Angel Fernández Baena**

(Tomado del "Diario del Caribe")

Con la muerte acaecida recientemente de Monseñor José Vicente Castro Silva, en la capital de la República, pierde la iglesia y la cultura colombianas un esclarecido exponente de relevantes prendas intelectuales que conquistó, por la reciedumbre de su personalidad agrega e inconfundible, y la amplitud de sus múltiples conocimientos en diversos campos de la ciencia, con los cuales dejó huellas imborrables, que lo llevaron a alcanzar el elevado título de "Maestro", con el máximo sentido y los atributos de esta palabra consagratoria.

La centenaria Institución que es el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario encontró en Monseñor José Vicente Castro Silva el eficiente impulsador y organizador constructivo de la obra brillante que dejó su antecesor Monseñor Rafael María Carrasquilla, que actuó hasta el año de su muerte en 1930, al frente de la rectoría de ese meritorio Colegio universitario de altos estudios, que ha ocupado puesto de avanzada desde sus inicios hasta la época presente.

Como Rector de gran visión del magno e histórico claustro, que es el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Monseñor Castro Silva adelantó las gestiones pertinentes para la creación de una nueva Facultad de Medicina, de elevada categoría científica, con la efectiva colaboración de la meritoria Sociedad de Cirugía de Bogotá y la conocida institución asistencial que es el Hospital San José; y gracias a su decidido empeño y a las claras orientaciones de su privilegiado talento, vio colmada una de las primordiales aspiraciones de su mente, con la moderna fundación de una Facultad de Medicina, que es hoy honra y ejemplo de superación, como que lleva la suprema inspiración de su espíritu blasonado y la categoría intelectual de su desaparecido fundador.

Desde el año de 1909 que ocupó inicialmente la cátedra docente en el Colegio del Rosario, Monseñor Castro Silva tuvo un ascenso vertiginoso en diversos campos de la actividad intelectual, los cuales conquistó por la vastedad de sus conocimientos, especialmente humanísticos, sus sobresalientes calidades de escritor, su reconocida jerarquía moral, su meritoria actividad docente, que lo llevaron a ocupar un